

las campañas de V. M. tienen un carácter que sorprende y pasma, que cautiva los corazones y solo les deja la facultad de admirar, sin la satisfacción de encontrar otro ejemplo con qué compararlas.» En 1674 decía: «Señor: Debemos callar, admirar y dar todos los días gracias á Dios por habernos hecho nacer en el reinado de un rey como V. M. que no conoce mas límites á su omnipotencia que su propia voluntad.»

A estas impudentes y groseras adulaciones solía contestar Luis con serena y afable dignidad como si todo aquel incienso le correspondiera por derecho indubitable. Mostraba á su esposa invariablemente gran atención y respeto, que por supuesto nada tenía de amor, y ella, mujer piadosa y pacífica dada mas á las cosas celestiales que á las mundanales, facilitaba por su parte esta manera de vivir, no manifestando jamás el menor pesar ni descontento por las infidelidades, bastante públicas, de su esposo, ni por las injusticias que cometía contra su padre y hermano. Tampoco tuvo jamás la menor pretension de mezclarse en los asuntos políticos. Murió repentinamente en junio de 1683.

Mayor influencia é importancia tuvieron en la corte las queridas del rey (1). La señorita de la Valliere, devota fanática y atormentada de continuo por los remordimientos, mujer que amaba al rey con verdadera pasión, pero á quien el título de duquesa no pudo consolar de su posición vergonzosa é inmoral, no era capaz de conservar por mucho tiempo el amor del entonces joven pero fogoso é inconstante monarca. En el viaje triunfal que Luis XIV hizo en el verano de 1667 á Flandes con toda su corte para enseñar á esta su conquista, le acompañaba, no solamente la reina, sino además La Valliere, y en esta ocasión enamoróse de la señora de Montespan, dama de la reina, mas por el atractivo de su conversación fácil y viva que por su hermosura; con lo cual sufrieron indeciblemente tanto la reina como la que hasta entonces creía ser dueño del corazón del rey. El esposo de la nueva competidora no quiso conformarse con su desgracia, y para salvarse de ser encerrado en la Bastilla, tuvo que apelar á la fuga. En cambio el esposo de la duquesa de Montansier fué nombrado ayo del príncipe heredero, porque su mujer había hecho el papel de encubridora en esta aventura amorosa. Así ultrajaba Luis XIV en su incomparable egoísmo la moral y el respeto debido á su esposa, y sacrificaba el porvenir de su único hijo legítimo. La duquesa de la Valliere, mas irritada de su postergación que celosa y que arrepentida, se retiró á un convento en el invierno de 1671; y desde su celda dirigió una carta amorosa de despedida á su regio amante. Tan grande fué el efecto que produjo su lectura en el ánimo del rey que le hizo verter lágrimas y en seguida envió á su fiel ministro Colbert á buscar á la duquesa de la Valliere y llevarla á la corte. Desde aquel día presenciaron los cortesanos el edificante espectáculo de un monarca que seguía en amorosas é íntimas relaciones con dos queridas á la vista de su esposa legítima. En sus cacerías estaba sentado entre las dos primeras ocupando los tres un mismo asiento, y en sus campañas le seguían juntamente con la reina; de suerte que el pueblo hablaba en son de mofa de tres reinas. Al cabo no pudo competir la dócil y humilde La Valliere con la chispeante y atrevida Montespan su rival, que además era mucho mas hermosa que ella; y así cansada de luchar y recibir ultrajes, se retiró por segunda vez y para siempre en abril de 1674 á un convento de carmelitas. Hízolo segun dijo á la priora para despojarse de una libertad de la cual había hecho un uso perverso; y desde entonces edificó al mundo con la fama de la severidad y duración de su pe-

(1) Véase *Arsène Houssaye: Mademoiselle de la Valliere et Madame de Montespan*. Paris 1860.

nitencia, bajo el nombre de Sor Luisa de la Misericordia.

Así en la abigarrada sociedad que formaba la corte de Francia se unía la licencia mas escandalosa con la majestad de la religión. Luis XIV fué siempre muy adicto á esta última y no solamente en apariencia sino de corazón, aumentando este afecto siempre mas y mas á medida que envejecía; porque el gran monarca tenía miedo á la muerte, y así como en el campo de batalla le costaba gran trabajo conservar su valor, del mismo modo en su casa le asustaba la idea de las penas del infierno. Buen ejemplo tuvo de esta verdad la señora de Montespan cuando el confesor, en juéves santo de 1675, le negó la comunión por adulterio público. Acudió en queja al rey, pero no logró nada, antes al contrario Bossuet, el célebre obispo de Meaux, aprovechó la ocasión con otros varones piadosos para hacer prometer al rey que no volvería á ver á la favorita. Fué de poca duración este impulso virtuoso, porque no faltaron personas arteras que movidas por interés, supieron influir en el ánimo del rey á favor de la repudiada Montespan, y precisamente uno de sus mas adictos sostenedores fué el mismo Colbert. Pocas semanas habían pasado cuando la concubina volvió á verse en la corte apoyada en público en el hombro del soberano, y la buena de la reina se conformó voluntariamente con la reanudación de esta relación amorosa porque servía de esparcimiento á su excelso marido.

A esto hay que añadir que Luis XIV practicaba en realidad la máxima que dejó escrita y recomendada á su hijo, de que en los amores del rey solo debía tomar parte el corazón, jamás la cabeza, porque la Montespan no tuvo la menor influencia en las cosas del gobierno. Contentóse con figurar públicamente como concubina del rey y rodearse como tal de un fausto régio. Para ella se construyeron palacios soberbios, Le Nôtre empleó todo su arte en crearle jardines encantadores; para ella se dieron fiestas sibaríticas; los ministros se apresuraban á llenar todos sus deseos, y los primeros vates franceses la cantaron en sus poesías. En sus viajes llevaba dos carrozas tiradas cada una por un tronco de seis caballos, dos carruajes con provisiones, seis mulas y 45 personas de su servidumbre. Las autoridades tenían que salir á recibirla y saludarla como soberana.

Así como se codeaban en esta corte esposa y concubinas, del mismo modo vivieron al lado del hijo legítimo los ilegítimos, como la cosa mas corriente y natural del mundo.

Luis, el delfín, que había nacido en 1.º de setiembre de 1661, fué educado con una sencillez y en una reclusión que mostraban claramente cuán penoso era para el rey ver continuamente delante de sí á su futuro sucesor en la persona de su hijo. Su ayo, el duque de Montansier, le trataba con una severidad y hasta con una aspereza que no hacían favor al encubridor de la Montespan. A la edad de diez y seis años no tenía el príncipe todavía su cuarto propio, como era uso entonces aun con príncipes de menos edad. Su alma juvenil había sido mas que elevada y purificada, asfixiada en una atmósfera de instrucción demasiado erudita. Para él escribió Bossuet, naturalmente desde el punto de vista católico, su manual de historia universal, especie de curso político. Estudió los clásicos latinos en las ediciones tan conocidas llamadas *ad usum Delphinis*, en las cuales estaban omitidos todos los pasajes indecorosos, y explicados los difíciles de un modo trivial. Con este sistema, se ahogó en el joven todo el genio expansivo, todo el carácter individual, además de que ya por su naturaleza se parecía corporal é intelectualmente mas á su madre que á su padre. Era evidente que este último, aun á costa del porvenir del país, no quería ver en vida suya, rival alguno ni tener delante el sol saliente cuando él declinaba.

El príncipe real era de estatura mediana: de cara fina y regular que recordaba el tipo habsburgo; de carácter apacible y siempre igual, no parecía tener voluntad propia en frente del padre, delante del cual se inclinaba con respeto innato ó aprendido y con la admiración debida. Muy diferente de su padre era en el habla, expresándose con dificultad y tartamudeando. El rey por su parte en nada contribuía á levantar el ánimo de su heredero; hablaba de él con poco respeto, hasta con menosprecio; por sistema le excluyó de toda participación en los negocios públicos; y cuando adelantando en años se vió precisado á enviarle alguna que otra vez al teatro de la guerra, lo hizo solo bajo la mas severa vigilancia, que en lugar de aumentar su prestigio le rebajaba á sus propios ojos y en el concepto de los demás. A la edad de 18 años le casó con María Ana Victoria, mujer agraciada y de gran talento, aunque no hermosa, hija del elector de Baviera á quien Luis pensaba atraer con este lazo para siempre á la causa francesa. Desde aquel día tuvo el príncipe mas libertad; el rey le quitó sus molestos maestros y vigilantes y le puso casa propia. Con esto sin embargo no pudo cambiarse su natural tan poco á propósito para un presunto heredero de las monarquías francesa y española, á las cuales trataba de añadir su padre la del imperio alemán para formar la monarquía universal. Era un Luis el Piadoso sucesor de un Cárlo-Magno! Poco despues de su casamiento una larga y peligrosa enfermedad le puso al borde del sepulcro; y curado y restablecido que fué, volvióse monstruosamente obeso para su edad, mas fofo que robusto. Incontinentemente en la comida, como en los ejercicios corporales, arruinaba siempre de nuevo su salud; la caza, el juego y el teatro le ocupaban muchísimo mas que las cosas serias. Liberal, y con sus amigos y privados afable y comunicativo, no tenía sin embargo nada de la finura y dignidad que tanto distinguían á su padre. Buen esposo, profesaba un sinderio y exclusivo amor á su esposa, que á los pocos años de matrimonio le dió dos hijos, los duques de Borgoña y de Anjou. La creencia general era que jamás haría cosa grande ni tampoco perversa.

Mucho mas cariño mostraba Luis XIV á sus hijos naturales, y mas ó menos tarde los reconoció á todos. Pasaba mucho tiempo en su compañía; á todos colocó en posiciones brillantes, todos recibieron el nombre de Borbon como los príncipes de sangre real, y una categoría intermedia entre estos y los simples duques. Su hijo mayor, que tuvo de la Montespan, recibió el título de duque del Maine, y el importante cargo de comandante general de la guardia suiza; el menor fué agraciado con el título de conde de Tolosa. Las hijas fueron casadas exclusivamente con príncipes de sangre real que con este honor se creyeron por supuesto rebajados sin atreverse no obstante á rechazarlo. La hija de la Valliere fué dada en matrimonio al príncipe de Conti; la hija mayor de la Montespan se casó con el nieto del gran Condé, y su hermana con el sobrino del rey, hijo de su hermano, de aquel que había sido considerado como sucesor á la corona cuando el príncipe real estuvo enfermo de peligro. Puede sospecharse que no fué solo el amor de padre el que hizo á Luis XIV preferir tanto á sus hijos ilegítimos sobre el legítimo, sino que entró en este como en todos sus actos una gran dosis de cálculo, á fin de que se sostuviera y confirmara su principio de que todo cuanto emanaba de la real majestad era superior al resto de la humanidad y tenía derecho á la mas profunda veneración y al mayor respeto. Los apellidos mas ilustres de la Francia debían nombrarse solo despues de los de estos bastardos, por la única razón de que eran fruto de los caprichos amorosos del gran rey Luis XIV. Cuando se presentaban en el parlamento eran recibidos por un ujier que tambien los acompañaba cuando

salian: para que dieran su voto, les invitaba á ello con la cabeza descubierta el encargado de recoger los votos, mientras que los pares duques solo eran recibidos y acompañados con este ceremonial cuando su recepción en el parlamento; pero cuando habían de votar se les llamaba simplemente por sus nombres.

Todos estos grados y categorías eran cosas de la mayor y mas trascendental importancia en la alta sociedad francesa de la época de Luis XIV. Casi era tan importante en esta corte el ceremonial y la minuciosa clasificación en categorías como en la dieta de Regensburg. Para formar idea de la grande importancia que en aquella época tenían estas fruslerías, los símbolos de mayor ó menor grado social, las exterioridades de que hoy la gente práctica se rie; para conocer la diferencia que había en ir delante de tal cortesano cada día ó en solemnidades, en tener el derecho de grande ó de pequeña entrada en las reales estancias; para saber cuáles de las señoras podían tomar asiento en taburete en presencia de las personas superiores en grado y cuándo en la de los reyes, no hay mas que leer las famosas memorias del duque de Saint Simon.

No hay que hacerse sin embargo la ilusión de que la vida en la corte de Luis XIV fuese agradable y deleitosa aunque no faltaban diversiones; muchos días se cazaba desde la mañana hasta las tres de la tarde; luego se jugaba hasta las siete; despues se asistía hasta las diez y media á la representación en el teatro; en saliendo de allí se cenaba y luego se bailaba hasta las tres de la madrugada; pero todo estaba exactamente medido y prescrito como hecho con compás, cuando las primeras condiciones de una vida placentera y agradable son la comodidad, la libertad y la igualdad en la sociedad en que uno se mueve. Esto precisamente faltaba en aquella corte, donde cada instante del día, y cada gesto estaban rigurosamente prescritos y reglamentados; donde todos giraban al rededor de uno solo; donde el ceremonial y las fórmulas rígidas eran inseparables del temor constante de cometer una falta é incurrir en el disgusto del superior. En la mesa casi no se hablaba; y nunca de política, reduciéndose la poca conversación á los sucesos de la vida usual. En semejante atmósfera solo podían medrar las aventuras galantes, la envidia y la malignidad; y había que poner gran cuidado para no resbalar en tan difícil terreno, donde bastaba el mas pequeño desliz para caer. Cada cual tenía que vigilar á sí mismo sin olvidarse un instante. Las únicas diversiones en que se afojaba algo la eterna rigidez eran el juego y el teatro, á las cuales de consiguiente todos mostraban gran afición. El rey fomentaba sobre todo el juego para arruinar mas y mas á las familias principales y despojarlas de todo medio de poder y de pujanza. Hubo noches en que se perdieron 100,000 pistolas (1) y el duque de Orleans tuvo que empeñar hasta sus joyas. A este derroche se añadían las grandes fiestas que daban á competencia las personas distinguidas, fiestas que devoraban sumas increíbles y acababan por arruinar las familias. Así dió el duque de Vendome en su palacio de Anet una serie de fiestas que con la música de Lulli y el cuerpo coreográfico de la ópera de Paris costaron cada una 100,000 libras (600,000 pesetas). Ya que los nobles no podían rivalizar entre sí en grandes empresas políticas ni en influencia en los destinos del país, satisfacían su ambición con exterioridades y trataban de excederse en fausto y aparato de puro lujo. Cuando iban á campaña, llevaban uniformes y armas adornados de piedras preciosas y un numeroso tren de todo lo necesario para hacerse una

(1) Monedas de oro que valían aproximadamente 20 pesetas de hoy. Llamábanse tambien, escudos de oro. (N. del T.)

vida regalada, y vestían lo más brillantemente posible á las tropas que mandaban. Resultó de aquí que las grandes propiedades de las casas más fuertes desaparecieron y que una tras otra de estas familias principales, antes tan pujantes como discolos, se volvieron pobres, como el duque de Vendome, que tuvo que vender casas y tierras por valor de cerca de dos millones y medio de libras para acallar á sus acreedores, y el duque de Chaulnes que se quedó con un caudal de apenas 300,000 libras de los 2.700,000 que tenía. Gustaba al rey de socorrer á esta gente después que se habían arruinado en su corte, dándoles empleos pingües, donativos en dinero, pensiones y lo que era para él más cómodo y menos costoso, cartas patentes y moratorias que les amparaban contra sus acreedores, con todo lo cual sellaban su perpetua esclavitud; pero estos remedios y recursos no curaban el mal que iba adelantando. Una tras otra aquellas familias soberbias que algún día habían hecho frente con las armas en la mano á Carlos IX, Enrique IV, Luis XIII y en época de la Fronda al mismo Luis XIV, se fueron extinguiendo y sus bienes pasaron á los bastardos del rey. El último duque de Guisa murió en el año 1671; el de Longueville tenía un solo hijo medio imbécil que entró en la carrera eclesiástica; la casa de Bouillon estaba hundida en una insignificancia completa después de la pérdida de su principado de Sedan de que había sido soberana independiente; los Rohan fueron humillados por la infamante ejecución de uno de ellos; los Soisson-Carignan fueron despojados de sus pingües cargos de comandantes generales de la guardia suiza, y de intendentes generales de la casa de la reina, sin ninguna consideración á su parentesco con Mazarino; y la tía del rey, la señorita de Montpensier, que tan gran papel había desempeñado en la Fronda, hubo de despojarse de la mayor parte de sus posesiones á favor del joven duque de Maine.

En sus *Preciosas ridiculas* satiriza Molière en la persona del falso marqués de Mascarille á estos descendientes degenerados de familias antes dinásticas, que en otros tiempos no bajaban la cabeza ante ninguna autoridad, y cuyos nietos cifraban toda su ambición en sus cintas y lazos, en el corte á la moda de sus botas y casacas, y en la plenitud de sus esortijadas pelucas. Tan cruelmente zahirió á estos marqueses cortesanos, que el título llegó á ser un apodo para toda una clase de entes ridículos.

Cuanto más sentían estos grandes las cadenas que arrastraban, más se desquitaban de lo vergonzoso de su posición á costa de sus inferiores, esquilmando brutalmente á sus colonos para gastar sus sudores en fausto y placeres desenfrenados, y abusando de las hijas del pueblo para satisfacer sus instintos lascivos.

El creador de esta posición imposible é inaguantable de la alta nobleza, que condujo directamente á las terribles represalias de la revolución, fué Luis XIV, el fiel discípulo de Richelieu y de Mazarino.

A París no acudía el rey sino en ocasiones solemnes que exigían forzosamente su presencia. De propósito huía de residir en su capital, á pesar de las súplicas de la población deseaba tener en su seno el brillo de la corte, y á pesar de los muchos y grandes ofrecimientos que hacía porque se le concediera este favor. Luis XIV tenía una aversión invencible á «su buen pueblo de París», ya porque siempre se acordaba de los sucesos revolucionarios de la Fronda, y especialmente de aquella noche en que niño todavía fué sacado del lecho y llevado á la residencia desierta de San German, ya porque no le convenía vivir en una ciudad tan populosa cuya inmensa superioridad numérica oscurecía en cierta proporción la majestad real. Prefería vivir en una residencia, obra suya, donde todo cuanto existía dependía di-

rectamente de él, donde él, su corte, la real servidumbre y los operarios indispensables formaban todo el público; allí se veía que él era la persona más poderosa de toda la Francia. A pesar de ser tan grande su poderío, tenía la fuerza de un numeroso pueblo amotinado.

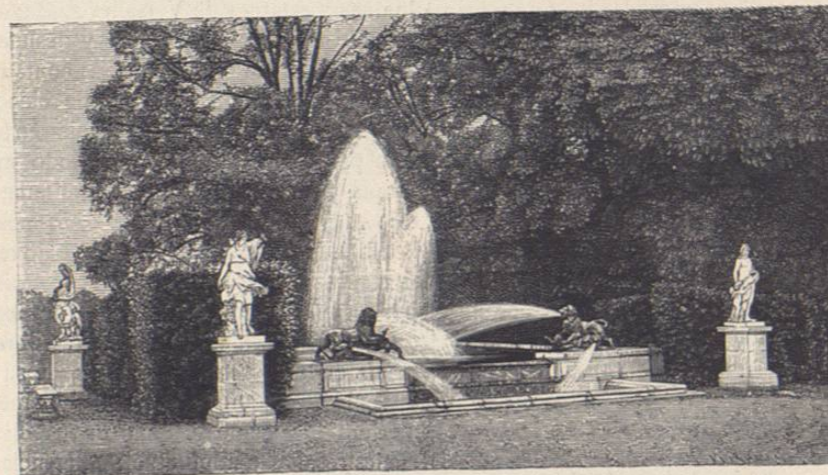
La residencia de verano de los reyes de Francia había sido siempre el palacio de San German, donde pasaba también muchas temporadas Luis XIV en los primeros tiempos de su reinado; pero luego no le bastó esta residencia, no obstante todas las reflexiones de Colbert, que no podía ver que los fondos públicos se gastasen en cosas superfluas. Fuese que incomodara al rey, según ya hemos dicho, la vista constante de la iglesia y panteón de San Dionisio, ó, lo que es más verosímil, que tuviese la ambición de crearse él mismo su residencia, el hecho es que empezó á transformar y engrandecer la pequeña quinta oculta en el bosque de Versalles, adonde antes solía ir en busca de quietud y de solaz. Allí levantó el palacio más vasto que jamás albergó á monarca alguno, digno del rey más poderoso de la cristiandad, pero á costa de sumas monstruosas.

Versalles no tenía ninguna circunstancia que la designara para una residencia tan fastuosa; el país era solitario, montuoso y desierto, la atmósfera malsana y el agua positivamente dañina; pero Luis quiso, como más tarde Pedro el Grande de Rusia, domeñar á la naturaleza y someterla á su voluntad. Fué en el año 1678, inmediatamente después de la paz de Nimega, cuando tomó la resolución atrevida de transformar á Versalles que vino á ser realmente lo que entonces se decía de ella: «una favorita sin ningún mérito.» Los trabajadores sucumbieron á miles en aquella atmósfera malsana, saturada de emanaciones palúdicas; cada noche partían carros cargados de cadáveres sin que el rey se inmudara por tan horrorosa mortalidad, y asistido por el inteligente arquitecto Mansard continuó impertérrito la obra grandiosa. Hay que tener presente que al propio tiempo se construían ó ensanchaban á expensas y por orden del rey, los palacios de Trianon, de San German, de Marly y de Clagny, este último para la Montespan, y á expensas del delfín otro en Meudon. Esta actividad calenturienta que devoraba sumas incalculables, casi iguales á las que costaba el departamento de la marina, fué una insoportable pesadilla para Colbert, que no pudo excusarse de hacer serias observaciones al monarca; pero no sacó de ellas otra cosa más que el odio de Luis XIV. En las obras de Versalles había temporadas en que trabajaban 22,000 personas y 6,000 caballerías. Destináronse además 30,000 soldados á desviar la corriente del Eure del llano de Versalles; no obstante que su nivel era unos 27 metros más elevado que el punto más alto de aquella localidad; pero las epidemias que sobrevinieron en el campamento impidieron la realización de este proyecto colosal, cuando ya había costado sumas inmensas. ¿Quién al leer esto no se acuerda de los antiguos Faraones, que sacrificaban las fuerzas, la vida y la salud de cientos de miles de infelices para construir monumentos gigantescos con el único fin de su glorificación propia? Así nació la fábrica de Versalles, más fastuosa que admirable por su belleza y aspecto imponente, porque se presenta á primera vista falta de un plan único; y en efecto se hizo así, elevando sucesivamente las diferentes partes, un edificio en un punto y luego otro en punto distinto. Todo es fastuoso, decorado con magnificencia ostentosa y fanfarrona; todo es vasto, enorme; pero no hay belleza, no hay un estilo bien estudiado y armónico, no hay nada que recree ó eleve el alma. Visto desde alguna distancia, el edificio principal con sus dos alas larguísimas, pero sin articulación monumental, parece una muralla lisa, prolongadísima, monótona, no obstan-

te algunas partes un poco salientes y algunos ángulos. Mirado desde el lado de París, ofrece un aspecto algo sorprendente y placentero el pequeño palacio pintoresco de Luis XIII, cabalmente por sus irregularidades y por el contraste que forma con las fábricas amontonadas en torno suyo por su sucesor. En todos los palacios hechos en tiempo de Luis XIV no se ve más que la monotonía sin vida, sin idea ni distribución arquitectónicas, y por cierto que no podía subsanar esta falta con la magnificencia más pasmosa, como por ejemplo el tejado hecho de tejas doradas.

Para el jardín se arrancaron de su sitio, trasladaron y transplantaron miles de elevados árboles, según el método del jardinero de Guillermo de Orange; los soldados abrieron los canales y construyeron los depósitos destinados á surtir de agua á innumerables estanques y fuentes; y Le Nôtre

dispuso un laberinto muy vasto pero monótono de alamedas y bosquillos de árboles extravagantemente desmochados y maltratados, de templete, teatros, glorietas y grutas de toda forma y especie. Allí toda la naturaleza está mutilada y desfigurada para conformarse con los caprichos del gran rey, que con su inmensa corte, volvió á encontrar en este sitio al aire libre las monótonas salas de recepción tan correctamente trazadas, tan severas y fastidiosas de su palacio. Un ejército de estatuas puebla esta naturaleza artificial; pero así como el jardín no es jardín, tampoco son las estatuas lo que pretenden representar; las divinidades no son las de la antigüedad griega ni romana; aquel Júpiter no es más que el mismo Luis XIV, solo sin la peluca y la casaca de terciopelo azul; Venus y Minerva son la Montespan ó la Valliere; Apolo es un marqués con la fisonomía prescrita por la etiqueta y



La fuente de Diana en los jardines de Versalles

que ha tenido la desgracia de olvidar su traje; Marte es simplemente un mariscal de Francia, tan petulante y licencioso, pero siempre elegante. En fin todos estos dioses antiguos son evidentemente cortesanos de Luis XIV, formando cuadros vivos. Allí hay estatuas de monarcas y esculturas alegóricas de naciones, á los pies de un Hércules ó Alejandro Magno de piedra también; estos últimos naturalmente no son más que imágenes del mismo gran rey Luis.

Jamás ha habido por cierto institución alguna que haya extendido su fuerza asimiladora tan lejos como la corte de este monarca, en virtud de su vanidad y egoísmo tan grandes que llegan á ser pueriles. Todo lo que alcanzaba su poder había de ajustarse á su individualidad: jardines, bosques, aguas, montañas, hombres y dioses; de tal suerte que siempre él formaba el centro de este mundo particular, extraño y artificial.

Por esto le gustó Versalles más que París; la primera con unos 50 á 60,000 habitantes existía solo por él y para él. Cada una de las inconmensurables alamedas y avenidas conducían á su palacio, rodeado de los palacios de las familias más distinguidas de su reino, como estas rodeaban diariamente al monarca en el suyo. En las calles de la ciudad vivían sus ministros, la gente de la corte, los empleados, la servidumbre y los operarios; todo el contorno se cubrió de innumerables edificios, en que se alojaban las personas que deseaban estar cerca del monarca y verle diariamente. Todas las carrozas doradas que hacían crujir el empedrado de las calles ó la arena de los caminos se dirigían hácia la entrada de la plaza de armas, cuya arquitectura rígida y ceremoniosa representa perfectamente el ideal monárquico de Luis XIV, rebosando majestad y dignidad hueca ocupado solo en el cuidado de

su propia grandeza, pero falto de todo vuelo noble y elevado. Es evidente que semejante monarquía no podía hallarse bien en una ciudad, donde como en París se mueven sin cesar cientos de miles de personas, impulsadas por otros intereses y cuidados que nada tenían que ver con la graciosa sonrisa ó el ceño del monarca, y donde la corte más numerosa pasa inadvertida entre el hormigueo de una población industrial y activa con su vida propia, independiente y paulatinamente desarrollada al través de innumerables años.

En el interior del palacio sucedía lo mismo que fuera; en todas partes Luis XIV y nadie más; ningún recuerdo de los que le precedieron ni de sus glorias; allí no había nada que hiciera pensar en Felipe Augusto, ni en San Luis, Carlos VII, Francisco I, Enrique IV, ni en las cruzadas, ni en Bouvines, ni en Juana de Arco, ni en los campos de Jory ni de Rocroy. Cuando el rey subía la gran escalinata, caía su vista sobre su propia figura humillando á España y atacando por sorpresa la Holanda. En la gigantesca y maravillosa galería que tiene 78 metros de larga por más de 11 y medio de ancha con 17 grandes ventanales en un lado y otras tantas arcadas descansando sobre pilastras de mármol en el otro, y cerrada lo mismo que los ventanales con grandes lunas de cristal, con trofeos y amorillos en medio de cada arco como símbolos los más adecuados del gobierno de Luis XIV; en esta vastísima estancia volvía á mirarse el rey rodeado de figuras alegóricas, destinadas á representar todas sus virtudes, méritos y hechos gloriosos; desbaratando á sus enemigos, dominando el Rhin, ó bajo la figura de Hércules matando la hidra de la coalición, ó protegiendo con su escudo las águilas imperiales aterradas contra los turcos, ó bien en otro sitio echando por tierra las columnas de Hércules con el *non plus*

ultra del emperador Carlos Quinto. ¿Quién habría tenido calma bastante para ver en todas partes su propia apoteosis y nada más, como Luis XIV? ¡Y esta residencia le costó 150 millones de libras equivalentes á 900 millones de pesetas de hoy! Esta morada suntuosa que á contar del año 1682 fué su residencia habitual, no bastó sin embargo al rey que sin hacer caso de los millones gastados, ni de la creciente desorganización de su hacienda, ni de la carga insoportable de las contribuciones, quiso tener otra residencia á guisa de casa de campo, se entiende como él entendía el campo, para disfrutar de la soledad, por supuesto en cuanto podía haber soledad para un dios de la tierra que no podía pasar sin incienso y adoradores humildes. Para este capricho eligió un matoral húmedo, situado entre Versalles y San German, y allí edificó el palacio de Marly.

Háse observado que Luis XIV evitó constantemente en la elección de los sitios para sus moradas los que tenían atractivos naturales. Evidentemente se sentía incómodo y pequeño en medio de una naturaleza bella que atrayendo las miradas las desviaba de su persona, y que además nada le debía á él. Cuanto por el contrario más feo é insignificante fuera el sitio, tanto más ocasión ofrecía de atestiguar la omnipotencia del *gran rey Sol*, del «*Rey Soleil*.» Este nuevo palacio de campo, Marly, se compuso de un gran edificio-pabellón para él y su familia, y doce más pequeños, cada uno con dos habitaciones, para otros tantos cortesanos preferidos á quienes invitaba á este sitio. Construyó también una capilla, un cuartel para sus guardias de corps y los edificios necesarios para la administración de la finca. También dispuso allí los parterres de flores, las alamedas rectas, los bosquecillos no menos rectos, estanques, cascadas, fuentes, estatuas con su sonrisa elegante de salón, pilastras, columnas corintias, trofeos é inscripciones de siempre. Este real sitio sin embargo estaba destinado á ser mucho más que un retiro tranquilo; debía ser la quinta esencia de la apoteosis del soberano bajo la imagen del sol que con sus rayos de fuego consume á los que intentan resistirle y vivifica con calor benéfico á los buenos que prosternados le tributan sin cesar el culto debido. Por eso coronaba el frontispicio de la fachada principal el dios del sol en su carro, mientras los doce edificios menores al rededor parecían destinados á representar los doce trabajos del dios ó bien los doce signos del zodiaco que forman círculo al rededor del astro de la luz; y desde entonces hizo el rey del sol su símbolo favorito. El interior del palacio estaba adornado de pinturas de Van der Meulen que representaban los sitios de plazas fuertes que en presencia de Luis XIV habían sido llevados á feliz término.

Inmediato á Versalles hizo construir el rey otra casa ó palacio de campo, el Gran Trianon; y después á Fontainebleau, destinado principalmente como lugar de reunión en las grandes cacerías, y finalmente engrandeció y hermoseó el castillo de Chambord. Solo en los doce años subsiguientes á la paz de Nimega devoraron las obras del rey la suma de 74.374,631 libras, equivalentes á 446.247,786 pesetas; es decir, 37.187,315 pesetas cada año!

Esta pasión loca de grandes construcciones por medio de la cual el rey Luis XIV pensaba perpetuar de un modo palpable su gran reinado, apuró su hacienda en los años de paz, y destruyó en gran parte los victoriosos regimientos veteranos. Los duros trabajos que hubieron de ejecutar en aquellos sitios tan insalubres, produjeron enfermedades y una mortalidad tan espantosa, que se llevó más de 30,000 de estos soldados aguerridos solo en la proyectada y luego abandonada desviación del río Eure; de suerte que los oficiales más veteranos y prácticos decían, que estas obras costaban más que tres grandes batallas perdidas anualmente. Sucedió allí

como en la tragedia antigua, que la soberbia impía provocó la venganza inmediata de la divinidad.

Sin embargo, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos se ha visto cosa tan brillante como esta corte de Luis XIV con sus dos ó tres mil cortesanos de relucientes trajes que cual inmenso y pomposo cuerpo de sacerdotes y sacerdotisas adoraban al señor del mundo, al rey Sol, en fastuosos templos de mármol, adornados de oro y ricas pinturas.

CAPITULO II

LUIS XIV Y LA LITERATURA, LAS CIENCIAS Y ARTES FRANCESAS

El brillo y la fama presentes no hicieron olvidar á Luis XIV la gloria que podía alcanzar entre la posteridad, en la cual debían dar testimonio de su grandeza no solamente las columnas y estatuas de Versalles sino también las obras literarias. Lisonjébase de forzar y deslumbrar el juicio de la historia como la opinión de sus contemporáneos. Prodigaba beneficios á poetas, hombres de ciencia, y no por amor y entusiasmo platónicos que le inspirasen las ciencias y la poesía, sino porque en esto como en todo miraba al bien de su propia persona, á su gloria y á su fama póstuma. Colbert lo dijo muy claro hablando de estos poetas: «Estos grandes hombres entusiasmados de verse bajo tan augusta protección, tienen la intención de HACER la historia de nuestro soberano por todos los estilos, en latín, en francés, en obras poéticas de toda clase, en apologías y otras obras de elocuencia, así como en medallas; y además la de su vida privada, en la cual pintarán también por todos los medios las manifestaciones tan lógicas de su espíritu, sus dichos y hechos, en los cuales resalta su admirable inteligencia.» Colbert tenía á su lado como un pequeño consejo de poetas y eruditos, en el cual se proyectaban las medallas para todos los grandes sucesos y las inscripciones para los edificios reales. Este consejo examinaba, corregía y enmendaba todas las apologías del rey que se recibían en indecible abundancia, para después hacerlas imprimir en la imprenta de palacio y darlas así al público. De aquí nació la «academia de medallas, inscripciones y bellas letras», nombre que corresponde perfectamente á su origen.

Más este círculo de apologistas no bastaba; era preciso promover en toda Francia, en toda Europa, un concierto general de alabanzas, y tener asegurada la cooperación de innumerables «trompetas que pregonasen las virtudes del rey». Con este objeto se dieron tantas pensiones á escritores y eruditos, donativos que muy equivocadamente se han presentado como un elevado mérito de Luis XIV cuando en realidad aquel monarca miraba los productos de la inteligencia exactamente como todo lo demás, es decir, por el prisma de su egoísmo personal. Por otra parte, todas estas subvenciones juntas no importaban gran cosa, porque jamás pasó de la suma de 80,000 libras (480,000 pesetas) anuales lo que se distribuía entre los autores franceses. Entre una multitud de miserables medianías que no tenían más mérito que haber cantado en pésimos pero ampulosos y retumbantes versos al gran rey y sus grandes hechos ó el nacimiento del príncipe real, cayó también esta benéfica lluvia de oro sobre un hombre entonces joven y desconocido, que se llamaba Racine. Sabios extranjeros se vieron igualmente honrados con lisonjeras cartas que contenían letras de cambio á cargo de los banqueros del rey de Francia. Escritores holandeses, flamencos, alemanes é italianos, y ¡cosa singular! todos medianías que daban más esperanza de responder al honor que se les hacía y á las ventajas recibidas, participaron de estas larguezas, y en efecto correspondieron á ellas, ensalzando á



Pedro Corneille